

LA ARGENTINA Y EL CONO SUR  
DURANTE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL.  
CONFLICTOS Y CONCERTACIONES REGIONALES

BEATRIZ J. FIGALLO

Agradezco las palabras pronunciadas por el señor presidente y el discurso de recepción del académico de número y vicepresidente 1º, doctor Eduardo Martiré, cuyos conceptos hacia mi persona y obra llevan el sello de su simpatía y generosidad.

Es para mí un alto honor incorporarme a la Academia Nacional de la Historia. Para quienes nos dedicamos al estudio del pasado, el nombre de la institución fundada por Bartolomé Mitre, constituye un referente ineludible desde las aulas universitarias, cuyo conocimiento se acrecienta a medida que se consolida la formación profesional. En mi caso, como lo ha señalado el doctor Martiré, la participación en sus congresos y la frecuentación de sus fondos bibliográficos, se unió al honor de recibir en mi juventud, el primer premio que la corporación otorga a obras inéditas sobre historia argentina.

La satisfacción de haber sido nombrada miembro de número –que conlleva el compromiso de acrecentar la consagración a la investigación y a la enseñanza de nuestra disciplina–, se acrecienta al ocupar un sitial honrado antes por distinguidos historiadores. A Antonio Cadelago, integrante de la Junta de Historia y Numismática predecesora de la Academia, se agregan los notables historiadores militares José María Sarobe y Augusto Rodríguez, exponentes de ese conjunto de destacados intelectuales con que contó el Ejército Argentino, y a quien sucedo de forma inmediata, el profesor Jorge Comadrán Ruiz, quien dejó honda huella en la historiografía y en la docencia universitaria mendocina, y cuyos trabajos –sobre demografía colonial, sobre las bibliotecas cuyanas del siglo XVIII, Cuyo y la formación del Ejército de los Andes, el artículo que publicara en 1967 sobre fidelismo rioplatense, entre otros– constituyen aportes de renovada consulta. Al investigador y al hispanista sea pues mi evocación.

Llegan también a mi memoria en esta tarde, además del afecto y la comprensión de mi familia y de los amigos, el recuerdo y la presencia de los académicos que con su respeto por la corporación, hicieron crecer en mí la valoración por esta institución a la que me integro: el doctor Miguel Ángel De Marco, el canónigo Américo Tonda y el profesor Oscar Luis Ensinck, a quie-

nes hace treinta años conocí como profesores ejemplares, investigadores llenos de vida y fervor por la Historia. No menos influyentes han sido los doctores Isidoro Ruiz Moreno y Néstor Auza, asiduos visitantes del rosarino Instituto de Historia de la Universidad Católica Argentina, y el profesor Enrique Zuleta Álvarez, quien en Mendoza y en Buenos Aires supo reafirmar mi vocación de investigadora con enérgico entusiasmo. Este recorrido va haciendo cumplir en mi vida las palabras del Eclesiastés, “ojalá puedas envejecer en tu oficio”.

Me propongo abordar hoy el tema de la Argentina y el Cono Sur durante la Segunda Guerra Mundial, con sus conflictos y concertaciones regionales.

Los años de la Segunda Guerra Mundial, que pusieron a prueba todo el sistema de relaciones internacionales, constituyen un atrapante campo de estudio que no cesa de concitar el interés de los estudiosos, a pesar del impresionante corpus ya construido. Veinte años después de las claves brindadas por Alberto Conil Paz y Gustavo Ferrari en la década de 1960, las investigaciones originales de Mario Rapoport y Carlos Escudé establecieron un rico modelo metodológico para estudiar el desempeño argentino durante aquel período, en su interacción con las grandes potencias mundiales; destaca, asimismo, el sugerente trabajo de Isidoro J. Ruiz Moreno sobre la neutralidad argentina. No obstante, al decir del historiador chileno Joaquín Fernandois en el caso de la reacción de los países de la región ante la Segunda Guerra Mundial “se pide a gritos una aproximación comparativa”. Fundamentado en la posibilidad real de acceder a nueva documentación que sigue permitiendo miradas originales y en la riqueza de reflexión a que ha conducido el azaroso proceso de integración regional, atender al conjunto que compusieron entonces la Argentina y el Cono Sur es una empresa intelectual que mantiene desafiante vigencia.

Los gobiernos del Cono Sur tuvieron ocasión de trabajar en conjunto como mediadores frente a los beligerantes de la guerra del Chaco, al instalarse en 1935 en Buenos Aires la Conferencia de Paz. Aquel conflicto había dejado planteado un tenso escenario: por parte de Bolivia y con el propósito de crearse el mejor ambiente en las negociaciones y hacer cumplir una función política a sus materias primas, la ofensiva diplomática para abrir la rica zona de Santa Cruz de la Sierra al Río de la Plata<sup>2</sup> –programa de política internacional sobre

<sup>1</sup> JOAQUÍN FERNANDOIS, “Historia de las relaciones internacionales de América Latina: ¿una perspectiva chilena?”, en: *II° Jornadas de Historia de las Relaciones Internacionales Latinoamericanas. Teorías y Temas*, Rosario, AAHRI-UNR-UCA, 1994, p. 32.

<sup>2</sup> Cfr. HERBERT KLEIN, *Orígenes de la revolución nacional boliviana. La crisis de la generación del Chaco*, México, Grijalbo, 1993, p. 391.

el que escribiera Edberto Oscar Acevedo<sup>3</sup>— con las promesas a la Argentina y al Brasil de aprovechamiento petrolífero, despertando una renovada rivalidad por llegar con inversiones y ferrocarriles a las zonas más ricas del Oriente boliviano; la prevención contra Chile, por adjudicarle la intención de darle apoyo en la guerra contra el Paraguay, a través de la participación de oficiales chilenos de alto rango como voluntarios en el ejército boliviano<sup>4</sup>, con el solo objeto de ayudarla a obtener su salida por el este, eliminando sus deseos de reivindicar los territorios perdidos en la guerra del Pacífico<sup>5</sup>.

Mientras, Asunción entendía que su victoria en las armas le estaba siendo arrebatada y no era ayudada lo suficiente por el gobierno de Buenos Aires en las negociaciones de paz, como sí lo había sido con dinero y con armas durante el conflicto. Tanto como ello, porque en el transcurso de la guerra fuerzas militares argentinas habían ocupado fortines en el extremo sudeste del antiguo Estero Patiño en el Pilcomayo, abandonados por bolivianos ante el avance paraguayo, y que debido a los cambios de cauce del río habían quedado en una zona de litigio entre la Argentina y el Paraguay, aún a delimitar de conformidad con el fallo del presidente norteamericano R. Hayes. Cuando el primer mandatario electo del Paraguay, general José Félix Estigarribia, visitó Buenos Aires en julio de 1939, el ministro José María Cantilo, junto con funcionarios de la Cancillería, y el director del Instituto Geográfico Militar, coronel Baldomero de Biedma, así como diplomáticos paraguayos, se abocaron a dar una resolución al tema limítrofe, cuestión que tenía innegables dificultades técnicas. Finalmente se acordó adoptar como límite el brazo principal del río que no había sufrido variaciones apreciables desde que lo estableció el laudo Hayes, formándose además una comisión mixta para fijar la línea divisoria por áreas que sufrieron constantes cambios, que por años relevó la región y propuso el trazado de la línea divisoria. El trabajo permitió que el 1º de junio de 1945 se firmara un Tratado Complementario de Límites, por el cual de casi 3.500 kilómetros cuadrados en litigio, las dos terceras partes fueron adjudicadas al Paraguay.

<sup>3</sup> Cfr. EDBERTO OSCAR ACEVEDO, "Bolivia y Estados Unidos (1936-1944). Líneas de política internacional", en: *Investigaciones y Ensayos* 17, Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, 1974.

<sup>4</sup> Cfr. LEONARDO JEFFS, "Combatientes e instructores militares chilenos en la Guerra del Chaco", en: *Revista Universum* 19 (1), Talca, Universidad de Talca, 2004.

<sup>5</sup> Avelino Araóz al ministro José María Cantilo, La Paz, 26-V-1939 y 24-VIII-1939, Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores de la Argentina, Buenos Aires (en adelante AMREA), Varios, 1939, Caja 4255, Expediente 1.

Durante los primeros meses de la guerra mundial la Argentina propició y se plegó activamente a acciones conjuntas en donde se afirmó la voluntad compartida de mantenerse en una posición de estricta neutralidad. Las firmes declaraciones de prescindencia en las que coincidían mandatarios y diplomáticos del Cono Sur, en pocos meses fueron puestas a prueba con el combate naval del Río de la Plata y el hundimiento del acorazado alemán Admiral Graf Spee y el avance arrollador del ejército alemán conquistando ciudades por Europa. Un espontáneo movimiento de consultas, que tenían como principales destinatarios a funcionarios del gobierno de Washington, pusieron en primer plano la posibilidad de acciones colaborativas. Si el gobierno de La Paz se mostró presto para ofrecer sus aeropuertos como bases para los Estados Unidos<sup>6</sup>, y el de Uruguay comenzó a manifestar la imperiosa necesidad de adquirir armamentos y buques para la seguridad y defensa del Estado, el agregado naval de Chile, comandante Carlos Cortés, fue consultado sobre la posibilidad de artillar el estrecho de Magallanes, en la eventualidad de un cierre del canal de Panamá a lo que contestó de inmediato que eso no era posible, por cuanto estaba en vigencia un tratado con la Argentina que prohibía cualquier tipo de fortificaciones<sup>7</sup>.

El horizonte de la política exterior regional en 1940 mostró como significativa la pretensión del canciller Cantilo, decidida en sus conversaciones con el experimentado embajador Eduardo Labougle y con el presidente Ortiz, por modificar la posición de neutralidad, por otra condición jurídica de no beligerancia que si significaba el acercamiento a Gran Bretaña y Francia, implicaba también la consideración de las facilidades que se podrían llegar a solicitar al país, a raíz de los principios de solidaridad americana, en cuanto a utilización de bases navales y aeropuertos. Si desde el Departamento de Estado se señaló la inoportunidad de la propuesta, trascendiendo a la prensa la noticia y desencadenándose una serie de negativas consecuencias para el gobierno argentino, en la región tampoco hubo reacción positiva: Brasil se opuso a aquella vigilancia coordinada de los países americanos sobre los beligerantes pues parecía implicar que la Argentina perseguía que se le permitiera hacer su comercio sin restricciones ni trabas, practicando así una diplomacia independiente que

<sup>6</sup> Telegrama de Piris Coelho, ministro del Uruguay, La Paz, 29-I-1940, Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores del Uruguay, Montevideo (en adelante AMREU), Serie Uruguay, Caja 20. El ministro oriental, apelando a fuentes fidedignas, informó entonces que el gobierno boliviano ofrecería como bases a Estados Unidos sus aeropuertos.

<sup>7</sup> Cfr. MARIO BARROS VAN BUREN, *La diplomacia chilena en la II Guerra Mundial*, Santiago, Arquen, 1998, p. 100.

en realidad se sustraía de obligaciones panamericanas. Chile tampoco aceptó variar su calidad de país neutral. Pero fue el canciller del Uruguay, Alberto Guani, quien mostró una resistencia más resuelta frente a la iniciativa argentina, habiéndole dicho a Cantilo que según su manera de pensar se era neutral o se era beligerante. Guani estimaba que la Argentina con su iniciativa “nos envolvería rápidamente en la guerra”, creyendo que en una reunión de cancilleres americanos la propuesta sería derrotada<sup>8</sup>. La presentación de Cantilo fue paralela a un propio proyecto de Guani de declaración continental protestando por las invasiones alemanas, en vista del avasallamiento de la neutralidad de los países débiles<sup>9</sup>, pero más en consonancia con los procedimientos de la Sociedad de Naciones, que tampoco llegó a concretarse.

A poco, Washington comenzó a planificar la defensa hemisférica, a su modo, decidiéndose la administración Roosevelt por misiones exploratorias navales y militares con el objeto de evitar la duplicación de esfuerzos y conocer si podrían facilitar sus bases aéreas y navales a los Estados Unidos en el supuesto caso de serles requeridas<sup>10</sup>. La sugestión sería recibida en América del Sur por los gobiernos de la Argentina, Chile, Perú, Ecuador, Colombia, Venezuela, Brasil y Uruguay, pero fue entre Buenos Aires y Montevideo donde se generó una grave crisis que los distanciaría.

Rechazados en Buenos Aires con distintos argumentos, entre junio y octubre, no demasiado preocupados en términos de soberanía, los oficiales plantearon la cuestión en Uruguay, fijándose en la zona de Laguna del Sauce para instalar una base. Sus pedidos fueron escuchados a cambio del suministro de pertrechos militares, conversándose también sobre la coordinación para obras de ampliación y mejoras de puertos y aeropuertos para poder usarlos en condiciones de emergencia, aunque no se definió por escrito nada, incluso con qué recursos se harían las obras. La documentación del Ministerio de Marina de la Argentina devela sospechas sobre la voluntad norteamericana de establecer una suerte de protectorado sobre Uruguay<sup>11</sup>, dotándolo de for-

<sup>8</sup> Cable, 16-V-1940, Fernández, Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile, Santiago (en adelante AMRECH), Embajada chilena en Uruguay, 1940, Vol. 1856.

<sup>9</sup> Cable, 13-V-1940, Fernández, AMRECH, Embajada chilena en Uruguay, 1940, Vol. 1856.

<sup>10</sup> Cfr. R. A. HUMPHREYS, *Latin America and The Second World War*, t. 1: 1939-1942, Athlone, Institute of Latin American Studies, University of London, 1981, pp. 80 y ss.

<sup>11</sup> Buenos Aires, 10-VI-1940, (fdo.) L. Scasso, Departamento de Estudios Históricos Navales, Armada Argentina, Buenos Aires (en adelante DEHN), Donación C.A. (RE) Scasso, L., Caja 5. Cfr. ENRIQUE M. PELTZER, *Diez años de conflicto entre la Casa Rosada y la Casa*

tificaciones con miras defensivas que eran consideradas innecesarias, ya que su independencia y soberanía se encontraba garantizada por el tratado de paz firmado entre Argentina y el emperador del Brasil el año 1828, aún en vigor<sup>12</sup>. La prevención era que se diera fuerzas al Uruguay para tratar de forzar una solución al problema de la jurisdicción en el Río de la Plata, esta vez apoyado por Estados Unidos y tal vez Brasil, obligando a la Argentina a conceder derechos y zonas del río en su desmedro.

El Uruguay comenzaba una escalada de neta oposición a las posiciones argentinas: en sesión secreta del mes de julio del consejo de ministros, previa a la reunión de cancilleres de La Habana, Guani, influenciado por representantes diplomáticos británicos y norteamericanos, y deseoso de evitar un embate de la Argentina a Gran Bretaña por las Malvinas, amenazó con tratar la cuestión de Martín García si allí lo planteaba Buenos Aires. Cuando la prensa oriental y la de los Estados Unidos revelaron las conversaciones mantenidas con los oficiales norteamericanos, se señaló que el gobierno de Washington estaba listo incluso a enviar tropas de desembarco para detener cualquier avance nazi en Montevideo, y que con la venta de varias embarcaciones de tipo pequeño, el Uruguay sería liberado de “depender íntegramente de sus vecinos para la vigilancia de sus aguas”<sup>13</sup>, el nuevo canciller argentino Julio A. Roca (h) le señaló al embajador oriental Eugenio Martínez Thedy que Uruguay debía evitar entrar en acuerdos sin dar parte previamente a la Argentina. El embajador Roberto Levillier visitó a Guani para darle el mismo mensaje, y aunque el Senado oriental votó que en ningún caso prestaría su aprobación a tratados que autorizaran la creación de bases aéreas o navales que importasen una disminución de la soberanía del Estado o “una servidumbre de cualquier género para la nación”, la crisis política no cesaba. Por sugerencia del embajador norteamericano Norman Armour, a principios de diciembre Roca tomó la iniciativa de ponerse en contacto con Guani y lo invitó a reunirse. Como el canciller oriental consideraba desdorado viajar a Buenos Aires a dar explica-

*Blanca (1936-1946). Segunda Parte: La política de los gobiernos conservadores entre 1939 y 1943*, Buenos Aires, Ethos, 2002, pp. 407-408;

<sup>12</sup> Ésta sería la posición que seguiría siendo sostenida por el Ministerio de Relaciones Exteriores y el de Marina: Mario Fincati a Enrique Ruiz Guiñazú, Buenos Aires, 14-XI-1941; Enrique Ruiz Guiñazú a Mario Fincati, Buenos Aires, 17-XI-1941, AMREA, División Política, Guerra Europea, 1940, Exp. 182-192.

<sup>13</sup> *Directorio del Partido Nacional*, ordenación, notas y prólogo por CARLOS LACALLE, *El Partido Nacional y la Política Exterior del Uruguay*, Montevideo, 1947, p. 81.

ciones y Roca temía que en Montevideo hubiera protestas por su presencia<sup>14</sup>, se encontraron en Colonia. Allí Roca manifestó que su objetivo era superar el malentendido en bien de la amistad entre las dos naciones pero le advirtió a Guani amablemente que si en cualquier momento Uruguay encontraba útil para sus intereses hacer arreglos de alguna naturaleza con los Estados Unidos u otro país, debería brindar una completa información a la Argentina. No obstante, la declaración final del encuentro ubicó el problema en el ámbito de la defensa continental. El gobierno oriental, mientras comenzaba a aplicar la ley de instrucción militar, prosiguió su política de identificación con los Estados Unidos, organizándose misiones de militares uruguayos para estudiar la compra de armamentos y para seguir allá cursos de adiestramiento<sup>15</sup>. Cuando Alemania amenazaba con apoderarse de Dakar, y mientras Washington hacía esfuerzos para suministrarle a Montevideo partidas especiales de hierro y acero<sup>16</sup>, el canciller Guani consideró que estaba en condiciones de desafiar a la oposición interna liderada por Luis Alberto de Herrera y el Partido Nacional, y preparado para iniciar las construcciones, por medio de asistencia monetaria, de instalaciones militares con el propósito de proteger al continente.

Después de la II Reunión de Cancilleres de La Habana, la división Planes de Guerra de los Estados Unidos, había redactado una lista para atender los pedidos de América Latina, que priorizaba las necesidades de Brasil y México, por si debían defenderse de un ataque exterior o desorden interno<sup>17</sup>, aunque ello implicaba por parte del gobierno de Washington propiciar los contactos personales entre jefes militares norteamericanos, sondeos por vías diplomáticas y desarrollo de la opinión pública en apoyo de la cooperación hemisférica. Planteadas las cesiones de bases en el Paraguay a cambio de asistencia económica<sup>18</sup>, la muerte trágica en un accidente de aviación de su dictador-presidente, general Estigarribia, demoró las negociaciones para convertir los campos de aviación que existían en las afueras de Asunción, en un solo aeropuerto monumental, para ser usado como escala intermedia entre la parte norte del

<sup>14</sup> ANTONIO MERCADER, *El Año del León. Herrera, las bases norteamericanas y el "complot nazi" en el Uruguay de 1940*, Montevideo, Alfaguara, 1999, p. 166.

<sup>15</sup> Wilson to the under secretary, Montevideo, 1-II-1941, National Archives of the United States, Maryland (en adelante NA), RG 59. CAF 1940-44, Box 4551.

<sup>16</sup> Selden Chapin, encargado de negocios ad interim, a Alberto Guani, Montevideo, 21-IV-1941, AMREU, Serie Uruguay, Caja 20, (traducción no oficial).

<sup>17</sup> Cfr. MERCADER, *op. cit.*, p. 87.

<sup>18</sup> Cfr. MICHAEL GROW, *Los Estados Unidos y el Paraguay durante la Segunda Guerra Mundial. Política del Buen Vecino y autoritarismo en Paraguay*, Asunción, Editorial Histórica, 1988, p. 79.

continente y las naciones más australes. En momentos en que había establecido significativas relaciones comerciales con el Japón, Chile no dio pasos para colocar instalaciones militares a disposición ya fuera de los Estados Unidos o de cualquier otro país americano, aunque observaba con atención los acuerdos que Washington establecía con los gobiernos de Lima y de La Paz<sup>19</sup>.

La Argentina creía estar contribuyendo para la defensa del hemisferio. En noviembre inauguraba un programa de entrenamiento de cinco mil aviadores civiles, a cumplirse en los próximos tres años, mientras estudiaba un proyecto para mejorar la aviación militar, entendiendo que el desarrollo de una fuerza aérea poderosa era uno de los aportes más efectivos que una nación de Sudamérica podía hacer<sup>20</sup>.

La desconfianza que se fue gestando también operó en contra de un intento regional ambicioso por mejorar las relaciones económicas en el Cono Sur. Surgido por iniciativa de los antiguos contendientes de la guerra del Chaco, que vivían en una “desoladora miseria”, en palabras del ministro de Bolivia en Asunción, Carlos Salinas Aramayo<sup>21</sup>, su objetivo era afrontar de manera concertada con los países del Río de la Plata los diversos problemas que se arrastraban sin solución desde tiempo atrás y que la guerra mundial había dejado aun más de manifiesto. La idea fructificó durante una visita que el canciller boliviano realizó a Asunción en marzo de 1940, y se concretó en enero de 1941, cuando se inauguró la Conferencia Económica Regional del Plata en Montevideo. Con el sino negativo de las renuncias de los ministros argentinos Roca y Federico Pinedo, el objetivo conjunto propuesto era analizar en pequeñas asambleas los problemas que rozaban las modalidades aduaneras, las tarifas, la exportación o importación, el tránsito de las vías fluviales o terrestres.

La presentación por parte de Bolivia de un proyecto sobre libre tránsito no encontró ambiente favorable por el alcance que se creyó ver en algunas de sus disposiciones que podían interpretarse como referidas al trasiego de armamentos. La delegación argentina se manifestó contraria a darle facilidades a Bolivia que le permitieran armarse pues era contribuir al fomento de una

<sup>19</sup> De Castiñeiras a Cantilo, Asunción, 10-VIII-1940; y de Castiñeiras a Roca, Asunción, 25-IX-1940 y 2-X-1940, AMREA, Paraguay, 1940, expedientes 21 y 30.

<sup>20</sup> Register, Richmond, Kentucky, 5-XI-1940 y Herald, Boston, Massachusetts, 5-XI-1940, AMREA, Varios, 1940, Caja 4346, Expediente 53.

<sup>21</sup> RENÉ DANILO ARZE AGUIRRE, *Carlos Salinas Aramayo. Un destino inconcluso: 1901-1944*, La Paz, 1995, p. 165.

próxima guerra, aunque la diplomacia chilena, que asistía como observadora, atribuyó la verdadera razón al “deseo de la República Argentina de mantener su hegemonía sobre el Río de la Plata y ejercer, así mismo, su estricto control”. El Paraguay manifestó su oposición también, pues el fortalecimiento económico boliviano por efectos de sus ventas de minerales en la guerra mundial y el espíritu reivindicativo de su clase militar mortificada, podía terminar en una nueva empresa guerrera<sup>22</sup>. Por su parte, los diplomáticos bolivianos en Asunción señalaban que ese alarmismo era un recurso político del propio gobierno guaraní, quien con el propósito de suscitar un movimiento dirigido a estabilizarlo, asomaba el fantasma de una guerra con Bolivia.

La Argentina no se avino a la solicitud paraguaya de que se dieran a sus naves iguales derechos y reglamentos que los que regían la bandera nacional, invocando que esa concesión se tendría que hacer extensiva a otros países, lo que significaría una merma notable de las entradas fiscales, y facilitaría la competencia de su navegación.

Algunos temas requerían soluciones más rápidas, por ello los países apelaron al procedimiento que conocían, el de las concertaciones más acotadas. Si la Argentina y Brasil alcanzarían en abril de ese año de 1941 un nuevo convenio para canalizar su creciente intercambio de productos, sus gobiernos también relanzarían sus apetencias de vinculación con el corazón del Cono Sur.

La Argentina se entendió con Bolivia y Paraguay directamente. Con la presencia de los cancilleres, de regreso de Montevideo se alcanzó un acuerdo para aprovechamiento de las aguas del río Pilcomayo. Desoyendo al Departamento de Estado de los Estados Unidos que en abril de 1940 ya había advertido que los intereses norteamericanos tenían reclamos sobre el petróleo que podían ser afectados por acuerdos con Bolivia, pues provenían de campos que habían sido de la Standard Oil<sup>23</sup>, se firmó un nuevo tratado sobre vinculación ferroviaria y asistencia para desenvolvimiento petrolífero, que estipulaba que el gobierno argentino se haría cargo de todos los gastos necesarios para completar la construcción del primer tramo del ferrocarril que iba desde la frontera argentino-boliviana hasta Villa Montes, conformando una Comisión Mixta ferroviaria que asumiría la responsabilidad del contralor de todos los trabajos del ferrocarril, así como del manejo de fondos para ser invertidos en la perfo-

<sup>22</sup> De Castiñeiras a Guillermo Rothe, Asunción, 10-X-1941, AMREA, Varios, 1941, Expediente 22.

<sup>23</sup> Donovan to Daniels-Bonsal, 28-II-1941, NA, RG 59, Lot Files, Office of American Republic Affairs, Memorandums relating to Individual countries, 1918-1947, Bolivia, Box. 22.

ración y explotación de nuevos pozos de petróleo. La Argentina construiría un oleoducto que uniera los yacimientos petrolíferos bolivianos del Bermejo con Orán u otra estación del Ferrocarril Central Norte Argentino. No se trataba de un empeño nuevo, sino que se había robustecido con el descubrimiento de petróleo en Bolivia. Siendo la Armada gran consumidora de combustible, había un señalado interés profesional en el tema, manifestado por los jefes del Estado Mayor General de la Marina, contralmirante Carlos Daireaux, en 1925, y León Scasso en 1934, aconsejando entrar en Bolivia con la construcción de ferrocarriles. Se trataba de un esfuerzo importante para los gobiernos, pero que constituía un factor para asegurar una vinculación estable, en momentos en que la disminución de importaciones se traducía en creciente escasez de combustibles sólidos y líquidos. Desde el inicio de la guerra mundial, Yacimientos Petrolíferos Fiscales producía carburante para abastecer casi en un 70% el consumo interno del país, siendo el resto entregado por las compañías extranjeras, Standard Oil y Shell, que lo traían desde Venezuela y Perú, en acuerdos de importaciones sobre cuyos antecedentes nos han ilustrado Carlos Mayo y Fernando García Molina. Estudiados por técnicos argentinos de YPF los yacimientos bolivianos de Sanandita y Bermejo, con vistas a la financiación de la proyectada línea férrea, y existiendo en Salta destilerías e instalaciones necesarias para la elaboración y manipuleo del petróleo, ello implicaba un factor ventajoso a favor de la Argentina respecto al Brasil<sup>24</sup>.

Dentro del Ejército Argentino las grandes reparticiones como el Cuartel Maestre General del Interior, órgano orientador de la producción, y la Dirección General de Fabricaciones Militares, creada en octubre de 1941, tomaban previsiones para la explotación y el aprovechamiento de los recursos de todo orden –incluso los yacimientos petrolíferos–, a fin de satisfacer, en caso de guerra, las necesidades de las Fuerzas Armadas y de la población civil, estudiando nuevas fuentes de producción, probables plazas de consumo y de adquisición para la defensa nacional, generando una clara influencia en la industria del país<sup>25</sup>.

<sup>24</sup> A fines de la década del 40 el embajador británico en La Paz afirmaba que los tratados con la Argentina y Brasil, le habían permitido a Bolivia exportar su petróleo, pero luego fueron considerados desventajosos frente a los términos de los mercados abiertos, pero como señala GEORGE PHILLIP, *Petróleo y política en América Latina. Movimientos nacionalistas y compañías estatales*, México, Fondo de Cultura Económica, 1982, p. 466, hasta mediados de los años cincuenta había pocos mercados alternativos.

<sup>25</sup> Cfr. *República Argentina. Memoria del Ministerio de Guerra. Presentada al H. Congreso de la Nación, 1941-1942*, Buenos Aires, Talleres Gráficos del Instituto Geográfico Militar, 1942.

Sorpresivamente, el presidente Getulio Vargas decidió visitar Bolivia y Paraguay. El 28 de julio de 1941 partió de Río de Janeiro en un avión militar, con una comitiva compuesta por tres aeronaves que llevaban a jefes y oficiales del Ejército y la Armada, incluso a los representantes del departamento de Prensa y Propaganda para inaugurar el primer tramo del tren Santa Cruz de la Sierra-Corumbá, capital de Mato Grosso, como una parte del ferrocarril transcontinental, llamado a ser el más grande de América del Sur, ya que existía el proyecto de continuarlo hasta dejar unido el puerto de Santos, en el Atlántico, con el puerto chileno de Arica, en el Pacífico. Mucho del material esencial para su tendido había sido comprado en los Estados Unidos, aunque las contingencias de la guerra afectarían la continuidad de las obras, como casi todos los países que sufrieron grandes dificultades para abastecerse de productos, especialmente acero y hierro.

De allí Vargas se trasladó a Asunción para inaugurar la sucursal del Banco de Brasil. Con Paraguay, Brasil prometía promover el avivamiento de los tráficó fluviales y terrestres, los primeros por el lado de Puerto Esperanza, y los segundos mediante la realización de viejos proyectos ferroviarios. Eran convenios muy similares a los suscritos con la Argentina en julio de 1939 durante la visita de Estigarribia a Buenos Aires, algunos de los cuales aún esperaban aprobación legislativa. Pero entre la firma de los tratados en Río de Janeiro y su ratificación en Asunción no había pasado más que un mes y medio, breve lapso que demostraba un gran interés por llevar adelante un acercamiento político y económico. En la Argentina, el avance sobre el Paraguay era de la máxima preocupación, sobre todo cuando los militares paraguayos aprovechaban todas las invitaciones provenientes de Brasil y los Estados Unidos con las promesas para renovar sus armamentos, modernizar la educación de la Escuela Militar, preparar pilotos, adquirir vapores mercantes para el río, construir caminos y demás ventajas que en compensación se esperaban. Días después la prensa consignaba la firma de acuerdos militares con el gobierno norteamericano: los más importantes con el Brasil, pero proporcionalmente significativos con el Paraguay<sup>26</sup>, que incluían la transferencia de armas, municiones y la construcción de instalaciones aéreas por la Panair, una compañía americana de navegación comercial, de modo de evitar la crudeza del establecimiento de una base puramente militar.

<sup>26</sup> Memorandum of Conversation. Participants: Felipe A. Espil-Laurence Duggan, 22-IX-1941, NA, RG 59, CAF 1940-44, Box 4551.

Después de la Reunión de Cancilleres de Río de Janeiro, donde no se trataron cuestiones económicas, el 6 de febrero de 1942 la Argentina convino con Bolivia la firma de otro convenio sobre vinculación carretera para complementar la conexión ferroviaria, cuya financiación también asumió<sup>27</sup>, nuevo camino que había contado con el apoyo del Estado Mayor boliviano, pues ponía a un día de viaje de Tarija, a Salta o Jujuy, con gradientes relativas y de más estabilidad que aquel que entraba en la quebrada de Humahuaca, cuyas altas pendientes dificultaban la comercialización y hacían penoso el viaje. En septiembre el primer durmiente de las obras en construcción del ferrocarril a Santa Cruz de la Sierra se colocaría en la zona fronteriza entre Yacuiba y Pocitos, y a ella asistirían los presidentes Ramón Castillo y general Enrique Peñaranda<sup>28</sup>. El importante proyecto ferrocarrilero para entrar al corazón del Oriente boliviano sufriría también contratiempos: no llegarían los rieles que se esperaban de los Estados Unidos, sufriendo el precio de los mismos un enorme aumento. Tampoco se dispondría de alambre para cercar las vías ni de muchos otros materiales, como máquinas y material rodante<sup>29</sup>.

Los propósitos de acercamiento con el gobierno de La Paz sufrieron otros obstáculos. Mientras Bolivia adquiría en la Argentina gran cantidad de productos que le eran indispensables para la alimentación de sus habitantes, como trigo, harina, azúcar y carne, en vagones y locomotoras que también le arrendaba, y de los cuales no podía prescindir porque constituían su principal fuente de subsistencia, debía admitir las presiones del exterior para negarse a sus pedidos<sup>30</sup>: cuando en junio los delegados del Ministerio de Agricultura de la Argentina visitaron La Paz para tratar la adquisición de goma-caucho, encontraron trabas derivadas del control que el gobierno de Washington hacía de los productos estratégicos bolivianos. Las gestiones realizadas para adquirir mensualmente 2.400 toneladas de estaño no lograron tampoco éxito: ninguna de las compañías bolivianas le podía vender el mineral. Ello era grave cuanto que también el Brasil declinó proveerle caucho. En el mes de mayo, Vargas

<sup>27</sup> Memorando. Para información de S.E. el señor Subsecretario, Buenos Aires, 5-I-1949, AMREA, Caja Incidentes Fronterizos, 1948, Caja 43.

<sup>28</sup> Cfr. BEATRIZ FIGALLO, "Bolivia, la Argentina y la Segunda Guerra Mundial", en: *III Jornadas de Historia de Relaciones Internacionales. Globalización e Historia*, Buenos Aires, 1998, p. 634.

<sup>29</sup> La obra estuvo finalizada recién en 1957. Cfr. ALBERTO SANTIAGO PEREYRA, *Comixta: Testimonio de la integración latinoamericana. 1943-1990*, Buenos Aires, Libros de Hispanoamérica, 1990.

<sup>30</sup> General de brigada Juan Pierrestegui, jefe del Estado Mayor General del Ejército, al ministro de Guerra, Buenos Aires, 18-VI-1942, AMREA, Varios, 1942.

mismo le había informado al embajador Labougle que ya estaban comprometidos a los Estados Unidos los excedentes de producción de ese artículo, y que por esa razón no era posible disponer de más partidas.

Aunque Paraguay había abandonado la neutralidad, muchos oficiales de sus fuerzas armadas mostraban su adhesión por la postura internacional de la Argentina, divulgándose la denominación de “argentinistas”, que antes se atribuía a los partidos políticos y a los paraguayos que no simpatizaban con el Brasil, para aquellos que eran contrarios a los Estados Unidos o a su modo de desarrollar su acción internacional. Un serio incidente se produjo con los ingenieros norteamericanos que trabajaban en la construcción del aeropuerto de la Panair, cuando miembros de la División Caballería del Ejército los amedrentaron con andanadas de balazos<sup>31</sup>. También crecía el descontento entre la banca y en el comercio tan ligado a la Argentina, pues se rechazaba un empréstito destinado a materiales bélicos, cuando era fácil advertir las necesidades de toda naturaleza que afligían al país<sup>32</sup>. La Argentina intentó capitalizar aquel sentimiento: el Poder Ejecutivo promulgó la ley por la que se declaraba extinguida la deuda de la guerra de la Triple Alianza, dirigiéndole el presidente Castillo al jefe de Estado paraguayo Morinigo un mensaje el 13 de agosto de 1942 en el que afirmaba que una medida así “ha estado siempre en la conciencia y en la voluntad del pueblo argentino y en la tradición fraternal de ambas naciones”<sup>33</sup>. Por los mismos días, se inauguraba en Asunción una sucursal del Banco de la Nación Argentina.

La neutralidad en que sólo los gobiernos de Buenos Aires y Santiago habían decidido persistir empujó a un acercamiento entre ambos países. El ministro de Relaciones Exteriores Enrique Ruiz Guiñazú partió en tren desde Retiro para asistir a los actos de asunción presidencial de Juan Antonio Ríos que tuvieron lugar en abril de 1942. Era una distinción enviar al canciller, pues ambos países aún tenían una serie de cuestiones no resueltas. Homenajeado en la Cámara de Diputados, señaló allí que “la Argentina y Chile, están cada una investidas de una misión propia en Sudamérica. Pero estas misiones son paralelas y coincidentes; no se superponen ni entrechocan. El destino de la Argentina está en el Atlántico, el de Chile en el Pacífico”, conceptos que

<sup>31</sup> De Castiñeiras a Ruiz Guiñazú, Asunción, 19-IX-1942; y de Castiñeiras a Guillermo Rothe, Asunción, 20-IX-1942, AMREA, Varios, 1942, Exp. 11.

<sup>32</sup> De Castiñeiras a Ruiz Guiñazú, Asunción, 5-XII-1942, AMREA, Varios, 1942, Exp. 11.

<sup>33</sup> *República Argentina. Memoria del Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto. Años 1942-1943*, Buenos Aires, 1943, p. 96.

fueron reiterados por el canciller en los actos realizados en Buenos Aires con motivo del centenario de O'Higgins, especialmente en un discurso que Ruiz Guiñazú, miembro de número de la institución, pronunció en la Academia Nacional de la Historia.

El viaje de abril fue también aprovechado por los militares que formaron parte de la delegación para negociar el transporte de mercaderías en las flotas mercantes de ambos países y dado que por entonces se estaba terminando la instalación de los Altos Hornos de Jujuy, para establecer visitas técnicas a instalaciones análogas en Chile<sup>34</sup>.

En el mes de enero de 1943 el ministro del Interior chileno, junto con el embajador en Buenos Aires, se entrevistaron con Ruiz Guiñazú para anunciarle que su gobierno estaba presto a abandonar su neutralidad, expresándole su deseo de que la Argentina le acompañase en la decisión<sup>35</sup>. La inflexibilidad argentina no perjudicó en este caso negociaciones en marcha entre ambos países sobre abastecimiento de nitrato de sodio chileno, transferencias de divisas, terminación de las obras de reconstrucción del Ferrocarril Trasandino por Juncal y las conversaciones para llegar a una unión aduanera.

Producido el golpe militar del 4 de junio de 1943 en la Argentina, y después que el 7 prestó juramento el gobierno provisional presidido por el general Pedro Ramírez, a las cuarenta y ocho horas Brasil, Paraguay, Chile y Bolivia se apuraron a reconocerlo<sup>36</sup>. Las tratativas argentino-chilenas referidas al progresivo establecimiento de un régimen aduanero abierto a la adhesión de cualquier país limítrofe y que debía constituir un primer paso hacia una organización económica continental que incluyera la reducción o abolición de barreras aduaneras, siguieron a buen ritmo a pesar de ciertas prevenciones de algunos círculos ante el temor de que la Argentina invadiera a Chile con los productos de su agricultura e industria. Así, el 24 de agosto de 1943 los cancilleres Segundo Storni y Joaquín Fernández firmaron en Buenos Aires un acta por la cual se acordaba crear una Comisión Mixta, con la idea de constituir sociedades binacionales, aprovechar las ventajas de la eliminación de los aranceles y arraigar la idea de complementariedad en la estructura económica de ambos países. Por esos días, el embajador en Buenos Aires de Bolivia, también recibió un directo convite a unirse al proyecto de integración

<sup>34</sup> Telegrama de Ruiz Guiñazú a embajada argentina – Santiago de Chile – Buenos Aires, 14-VII-1942, AMREA, Varios, 1942, Caja 4, Exp. 48.

<sup>35</sup> *El Mercurio*, Santiago, 5 de enero de 1943.

<sup>36</sup> *El Mercurio*, Santiago, 10 de junio de 1943.

económica, siendo una forma de obtener la salida al mar. Finalmente, el 17 de noviembre Paraguay y la Argentina firmaban un tratado de comercio cuyo propósito consistía también en la concertación de la unión aduanera, conociéndose luego el decreto que autorizaba a Vialidad Nacional a intensificar las obras de la ruta 11.

La diplomacia chilena fue asimismo valedora de la Argentina. En su gira por México y Estados Unidos el canciller Fernández expresó ante funcionarios y periodistas que aunque él deseaba que el gobierno de Buenos Aires rompiera relaciones con el Eje, comprendía la complejidad del problema, debiendo evitarse toda presión en la libre determinación de un acto de tal importancia, y haciendo conocer la decisión de Santiago de mantener y desarrollar en la forma más estrecha las relaciones políticas y económicas con el gobierno argentino<sup>37</sup>. Es que Chile recelaba del abastecimiento militar norteamericano que había recibido el Perú, e incluso de un conflicto con Bolivia, o al menos de que al fin de la guerra mundial el gobierno de La Paz lograra llevar a los foros internacionales el tema de su acceso al Pacífico, para obtener una rectificación de fronteras. La Argentina, entendiendo que los tratados existentes entre Bolivia y Chile habían dejado solucionado definitivamente el asunto, no se mostró dispuesta a apoyar ninguna gestión para la revisión de los mismos, salvo que ello se produjese por iniciativa común y espontánea de las partes.

El golpe militar que el 20 de diciembre de 1943 ocupó el gobierno de Bolivia, produjo una gran conmoción regional. Rumores y noticias de prensa daban al régimen militar argentino como el inspirador y el instigador de un movimiento de raigambre nacionalista. Desde Montevideo, el Comité Consultivo Interamericano para la defensa política, que presidía Alberto Guani, propuso su no reconocimiento, sin lograr influenciar en la decisión del gobierno de Buenos Aires. Por meses, Bolivia estuvo interdicta. Y cuando a mediados de año hubo un reconocimiento conjunto americano del régimen boliviano, tras la misión norteamericana del embajador Avra Warren, que aceptó que la Argentina no había tenido una participación directa en el golpe, aferrada a su tesis sobre los gobiernos de facto, el gobierno uruguayo tardó en reconocerlo<sup>38</sup>.

La capital oriental se había constituido ya en renovada sede del exilio argentino, y desde allí se editaban periódicos y libelos con acusaciones contra el gobierno militar argentino, particularmente dirigidas al coronel Juan Perón.

<sup>37</sup> De encargado de negocios al general Alberto Gilbert, México, AMREA, 1943, Chile, Caja 12, Exp. 7.

<sup>38</sup> *El Mercurio*, Santiago, 21 de junio de 1944.

El transcurso de los meses iría encontrando en las enérgicas limitaciones a la exportación que la Argentina impuso en vista de la creciente escasez de artículos manufacturados, un nuevo motivo de desencuentro con Uruguay: quedó prohibida la exportación de bicicletas, mientras ni a autos ni a cochecitos de bebé se les permitía ser sacados del país con llantas de goma –artículo que escaseaba angustiosamente. La vigencia de esa reglamentación venía a duplicar los inconvenientes de la revisión aduanera, ocasiones en que los viajeros solían ser desposeídos de una variada colección de artículos, tales como caramelos, jabón, hojitas de afeitar. Todas esas medidas fueron afectando principalmente a los viajeros al Uruguay en vista del gran tráfico que había entre los dos países, por lo que muchos lo vieron como una forma de represalia política<sup>39</sup>, procedimiento que la aguda prensa política uruguaya encontró calcado de la coerción ejercida por Hitler sobre Austria al impedir que los turistas alemanes visitaran dicho país<sup>40</sup>.

Reemplazado en la presidencia Ramírez por el general Edelmiro Farrell, el embajador chileno en Buenos Aires se limitó a expresar el 3 de marzo que “Chile ha tomado debida nota de la delegación de poderes que ha tenido lugar”<sup>41</sup>, señalándose en Santiago que el presidente y el canciller habían estimado que era una continuación y no cabía pronunciarse sobre el reconocimiento del gobierno de la Argentina. Cuando en mayo José María Velasco Ibarra tomó el poder en Ecuador, al igual que cuando en El Salvador se había derrocado al presidente Max Martínez, el Comité de Defensa Política de Montevideo<sup>42</sup> aconsejó sus reconocimientos, a la par que también lo hacían los Estados Unidos, sobre la base de la cooperación con los esfuerzos de las Naciones Unidas<sup>43</sup>. Sin embargo, para mediados de 1944, la Argentina estaba aislada internacionalmente. Sólo Bolivia, Paraguay y Chile en la región procuraban mantener sus vínculos con ella, mientras los gobiernos de Uruguay y Brasil cavilaban frente a la alternativa de intervenir como mediadores entre el gobierno de Buenos Aires y los países aliados. La posibilidad de complicaciones era una realidad en el Cono Sur. No obstante, mientras no se superaban las dilaciones en las entregas de equipamientos provistos por los Estados Unidos y los gobiernos

<sup>39</sup> *La Mañana*, Montevideo, 7 de diciembre de 1944.

<sup>40</sup> Anexo a la nota R.E. N° 415 de la embajada argentina en Washington, 2-VI-1944, AMREA, Varios, 1945, Caja 33.

<sup>41</sup> *República de Chile. Memoria del Ministerio de Relaciones Exteriores. Correspondiente al año 1944*, Santiago, Imprenta Chile, 1947, p. 76.

<sup>42</sup> *El Mercurio*, Santiago, 7 de junio de 1944.

<sup>43</sup> *El Mercurio*, Santiago, 1° de junio de 1944.

se preocupaban por el ordenamiento posbélico, en enero el departamento de informes secretos de la Cancillería uruguaya, frente al afianzamiento de los militares en el poder en la Argentina expresaba: “existe tranquilidad interna, el pueblo vive mejor y a menos costo [...] se continúa a un ritmo de vida como bajo la dirección de un gobierno constitucional”<sup>44</sup>.

La Argentina seguía mostrándose con el perfil de un país poderoso. Cuando en diciembre de 1943 el presidente paraguayo Morinigo visitó Buenos Aires, un colosal desfile de soldados y reservistas organizado para el recibimiento alarmó a la región, mientras avanzaban los trabajos de la construcción del Ferrocarril de Salta a Antofagasta, destinado a prestar importantes servicios tanto a la minería como a la población entera de la zona, contribuyendo a la traída de ganado argentino y productos frescos a la zona de Calama y Chuquicamata. En mayo de 1944 se concretaba simultáneamente en Buenos Aires, Paraná, Rosario, Corrientes y otras ciudades del interior la colocación de las quillas de quince buques destinados a la flota fluvial argentina, mientras YPF instalaba en San Lorenzo su primera planta petroquímica, pionera en América del Sur.

Si el delegado del Paraguay intentó sin éxito tratar en el orden del día el tema del aislamiento diplomático argentino, objetando hacerle consideraciones duras en el acta final de la conferencia interamericana convocada en enero de 1945 en México, el canciller de Chile fue uno de los activos artífices de la invitación a la Argentina a integrarse a la Conferencia de San Francisco, incorporándose así al sistema internacional que emergió al fin de la Segunda Guerra Mundial. En el Cono Sur una nueva etapa histórica recomenzaba.

<sup>44</sup> Información sobre la Argentina, Montevideo, 15-I-1945, AMREU, Serie Uruguay, Caja 21, Departamento de Informes Secretos.